



A la memoria de José Luis Suárez

por Dionisio Byler

José Luis Suárez, que ejerció casi toda su vida adulta como pastor menonita, primero en Bruselas y después en Barcelona, nos dejó el 14 de agosto. Apenas vivió 72 años, pero también es cierto que fueron años vividos, me parece a mí, con inusual intensidad, disfrutando siempre del presente.

Estas líneas son unas reminiscencias personales. A otros les corresponderá, con mayor justicia, escribir una biografía en todo orden. José Luis fue parte de una primera generación de la experiencia y presencia menonita en España. Los menonitas habían estado aquí fugazmente con un programa de alimentación de niños refugiados durante la Guerra Civil, pero fue en la década de los 70 que empieza una presencia más prolongada y continua. Esa historia, la del regreso de emigrados a Bélgica que allí se hicieron menonitas y después volvieron a Barcelona, deberá ser contada en algún momento.

Conocí a José Luis en Curitiba, Brasil, en el Congreso Mundial Menonita (CMM) de 1972. Pero nuestra amistad empieza de verdad a partir de 1981, cuando llegamos mi familia para una misión en Burgos que imaginábamos que iba a ser de tres años antes de volver a Argentina. Entre las amistades entrañables que desde entonces han contribuido a hacer de nosotros quienes hoy somos, tiene para mí un lugar especial José Luis. Sospecho que por su manera de ser, son muchos los que podrían expresarse en esos términos, recordando a José Luis como una influen-



cia determinante por su amistad y su capacidad de conversar hasta con el más tímido o más encerrado en sí.

La Comunidad Menonita de Barcelona, aunque pequeña y luchando por consolidarse, tuvo dos iniciativas que iban a determinar la consideración positiva que hallaría entre los evangélicos y la sociedad en general en Barcelona: un hogar de ancianos y otro de personas con dificultades psíquicas. Esto respondía a una visión de toda la comunidad pero también, naturalmente, de su pastor José Luis Suárez, de que el evangelio tiene que hacerse carne en una disposición a servir al prójimo. Ambos hogares procuraron testificar de una manera sutil, de obras más que con abundancia de palabras.

La experiencia acumulada en la gestión de estos hogares, en los que José Luis trabajó incansablemente, habría de motivar que fuera «fichado» por Diaconía Catalana, un ministerio de servicio social del Consejo Evangélico de Cataluña, aglutinador del protestantismo catalán. Su experiencia y capacidad y visión en el ámbito de la diaconía cristiana evangélica en

Cataluña llevó a que, cuando en 2009 se crearon los premios de Diaconía (la red de acción social de FEREDe, de los evangélicos de toda España), fuese José Luis el primero en recibir ese galardón.

Por otra parte, la dirección del Centro Teológico Koinonía (CTK) sentimos que ha sido un privilegio poder contar con su disposición a hacerse cargo de varios de nuestros cursos, hasta que a lo último su salud se lo ha impedido. Combinaba traer para nuestros estudiantes conceptos sólidos, basados en su hábito insaciable de lectura y también en su experiencia práctica personal, con una capacidad extraordinaria de involucrar a la clase entera en diálogo y participación activa en el aprendizaje.

Como director de El Mensajero, ha sido para mí un apoyo inmenso contar con sus artículos que han enriquecido una proporción importante de nuestros números en diferentes etapas. Esto condujo a nuestra colaboración en otro proyecto: la recopilación de algunos de esos artículos, a los que añadió otro material semejante, para editar el libro *Metamorfosis. La madurez*

También en este número:

Enseñanos a orar	2
La palabra de la cruz	4
¿Cadáveres que contradicen...?	6
Diccionario: intercesión	8

crisiana en un mundo cambiante. Un libro lleno de sabiduría pero sin abrumar; de enorme profundidad pero sin la más mínima pretenciosidad.

José Luis se aficionó al *eneagrama*, una de las formas más completas de comprender la inmensa diversidad de las personalidades humanas. Y lo que aprendía lo compartía en talleres y en conversación. En general le fascinaba el ser humano, la persona, comprender, escuchar, dialogar con el prójimo. En esto, en su interés intenso en las personas, José Luis fue siempre fiel discípulo de Jesús.

Cuando la organización hondureña Amor Viviente —de convicciones menonitas— respondió al llamado de Dios para establecer iglesias en España, se encontraron en Barcelona no solo con el apoyo práctico y la acogida fraternal de José Luis, sino en particular con su entrañable amistad y afecto. Y es que en general, AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España) no se concibe, no habría prosperado ni hubiera sido su historia lo que fue hasta aquí, sin la presencia y sabiduría de José Luis,

que fue el hermano mayor de todos nosotros.

A nivel personal, tal vez mis mejores recuerdos de José Luis son los del Camino de Santiago, que emprendimos durante varios años, de a semana a la vez. Porque además de padre (de Débora y Abel) y abuelo, pastor menonita, diácono, pacificador y discípulo de Jesús, José Luis fue también un senderista que amaba descubrir, a pie, la belleza de este mundo de Dios.

Enséñanos a orar

por Connie Bentson

—¡Enséñanos a orar! —pidieron los discípulos.

—¡Venga tu reino! —dijo Jesús.

Jesús explica el Nuevo Pacto en Mateo 6,33: *Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.*

Hay quien pide las *añadidas* pero no el Reino; bendiciones sin hablar de pacto, de compromiso.

Recuerdo mi asombro cuando llegué a España y me encontré en el Mercado Sur de Burgos no sólo *la mar de pescado* y marisco, carnes de ternera y cerdo, de pollo y gallina, sino también algo nuevo para mí, las *casquerías*. Viniendo de Argentina, esto me llamó mucho la atención. No entendía que hubiese puestos de *despojos* de cerdo, con morro, careta, orejas, lengua, patas, sangre, etcétera, en exposición. ¿Quién querría conformarse con eso, habiendo tantos manjares a la vista por todo el mercado?

Llamamos *añadidas* las bendiciones superfluas que buscamos para nuestro propio beneficio. Demasiadas veces nos conformamos con orar por *añadidas*. ¿Cómo se llega a orar centrados en buscar con verdadero anhelo el reino de Dios y su justicia, como indicó Jesús a sus discípulos?

Podemos usar este mismo texto como guía para la vida y la oración. Pero es curioso que además de pedir siempre bendiciones para nosotros

mismos y para los que nos rodean, siempre buscamos «nuestra propia justicia», ciegos para ver que la justicia de Dios tiene que ver con la transformación que él quiere traer a toda situación y a cada una de las partes implicadas en nuestras relaciones difíciles. Cuando Jesús nos dice que busquemos el reino de Dios y su justicia primeramente, es porque Dios nos quiere dar lo que nos parece imposible. No solo las bendiciones más urgentes.

En los relatos de Génesis

Recordemos que Dios es un Dios de pactos. Repasando brevemente lo que estoy leyendo últimamente, veo que Dios vivía un pacto con Adán y Eva, poniendo una sola restricción

que ellos no cumplieron. Al desobedecer rompieron el pacto, su acuerdo para una vida compartida con él. Dios los siguió bendiciendo, les concedió *añadidas*, porque nada cambia la naturaleza buena de Dios. Las siguientes generaciones también vivieron bajo *añadidas*, pero tampoco vivieron en la presencia de Dios. No escuchaban su voz ni disfrutaron de la vida construida bajo un pacto de compromiso con Dios.

Pero cuando la maldad humana ofendió del todo al Creador, como su propósito es siempre el bien, Dios hizo un pacto con Noé. Tristemente, con el diluvio solamente se salvaron los que estaban en el arca. Esto fue una sombra de lo que había de venir, como dice Colosenses 2,17: ... *cosas*



que sólo son sombra de lo que ha de venir, pero el cuerpo pertenece a Cristo. Solo los que permanecen en Cristo en las tormentas de la vida disfrutan la salvación eterna.

Dios bendijo la descendencia de Noé, que se propagó sobre la tierra. Pero siguieron haciendo lo malo, y además, como hablaban la misma lengua, Dios dice en Génesis 11,6: *Nada de lo que se propongan hacer les será imposible*. No era el diseño de Dios que los hombres haciendo el mal se hicieran tan poderosos en un mismo lugar. Al contrario, deseaba familias bendecidas y en pacto con Dios, que fueran bendición a todas las naciones de la tierra haciendo el bien.

Dios acaba con los éxitos de los méritos propios humanos, derramando sobre aquel Gran Congreso en Babel tantas lenguas diversas que fracasó la comunicación entre ellos. Consigue así bajarlos de las nubes, obligándoles a ir cada uno por su lado y, ahora sí, a extenderse como familias distintas por toda la faz de la tierra. Dios persigue así su propósito original. Quiere darse a conocer, imprimir su carácter, su rostro y su bondad sobre la familia humana, hasta que llegue a todos los confines de la tierra. Él es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Nada hay imposible para Dios.

En el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento observo que cuando en Pentecostés vino el Espíritu Santo prometido por Jesús, cayó también como lenguas muy diversas. Pero en esta ocasión Dios unió a todos en un mismo sentir con la plenitud de su Espíritu, forjando así la auténtica familia de Dios.

⁷ *Y estaban asombrados y se maravillaban, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que están hablando las maravillas de Dios?* ⁸ *¿Cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua en la que hemos nacido? Venimos de toda la tierra, y les oímos hablar en nuestros propios idiomas de las maravillas de Dios. [...] ¹² Todos estaban asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto?*

Lo que se materializó fue el Nuevo Pacto sellado con la sangre de Jesús. El reino de Dios que ya había llegado

No era el diseño de Dios que los hombres haciendo el mal se hicieran poderosos en un mismo lugar. Al contrario, deseaba familias bendecidas y en pacto con Dios, que fueran bendición a todas las naciones de la tierra haciendo el bien.

traía nuevas bendiciones y realidades. Vemos que Dios quiere lo que siempre quiso: una familia de hijos que se le parecen. El propósito era unirles en el Espíritu y en la Verdad, en Cristo Jesús, el resucitado de los muertos, el Salvador del mundo.

Pero volvamos a Génesis: Después de muchas generaciones por fin entra el personaje de Abram con quien Dios establece otro pacto con bendiciones y una gran promesa. Pero cuando Abraham ha cumplido noventa y nueve años, la promesa sigue sin cumplir. En Génesis 17,1 Dios vuelve a visitar a Abraham y a definir el pacto con éstas palabras: *Yo soy el Dios Todopoderoso. Camina en mi presencia y sé irrefutable.*

Si no buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia, nos encontraremos pidiendo solamente *añadiduras*. El que ora solo en aprietos, o pidiendo auxilio para otros, o buscando dirección y a ayuda de Dios en la vida, o librarse de algún mal, debe entender que Dios puede que otorgue *añadiduras*, pero hacer un pacto con Dios trae otras cosas. Vivir en un compromiso total con él en obediencia y honor a nuestras promesas, nos llevará no solamente a ver cómo Dios suple las *añadiduras* que necesitaremos. Iremos conociendo íntimamente a Dios y las dimensiones insondables de su reinado en nuestras vidas como familias y como comunidades de fe, deleitándonos en la justicia de su reino y en Aquel único capaz de realizar lo imposible para manifestar su gloria.

¿Hay algo más difícil que cambiar Dios las vidas y los caminos de los

seres humanos? El milagro más grande y auténtico sigue siendo la transformación de nuestra manera egoísta de vivir, el cambio radical en mentes y corazones para vivir en el Espíritu y no según dicte el mundo. Lo más hermoso de la vida es vivir en Cristo, nos pasen cosas buenas o malas, permanecer en el pacto con él, por invitación e iniciativa suya.

Una oración del apóstol Pablo

Finalmente, propondría dejar a un lado tantas *añadiduras*, para meditar y orar un fragmento de una oración del apóstol Pablo. Oraba por todos mientras viajaba incansablemente de un lugar a otro. Me desafía esta oración, en Efesios 3, porque no pide bendiciones superficiales. No pide *añadiduras*, sino lo más perfecto. Porque Pablo sabía que para Dios no hay nada imposible.

¹⁴ *Por esta causa, pues, doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵ de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra, ¹⁶ que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; ¹⁷ de manera que Cristo more por la fe en vuestros corazones; y que arraigados y cimentados en amor, ¹⁸ seáis capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, ¹⁹ y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios.*

²⁰ *Y a aquel que es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros, ²¹ a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén.*

Recapitulando:

1. Cuando ores, deléitate primero por poder permanecer en tu pacto transformador con Jesús, caminar en su presencia, y llegar a ser irrefutable como es el Padre.
2. Cuando ores, busca primeramente el reino de Dios y su justicia.
3. Cuando pidas, cree que Dios hará

aun lo que parece imposible, y ora por lo más perfecto: más reino y menos añadiduras (que vendrán solas).

Si aprendemos a orar con fe como Pablo, Dios nos sorprenderá supliendo mucho más allá de lo que esperábamos. Nos llevará a deleitarnos en su

gloriosa justicia. Veremos cómo él hace todo mucho más abundantemente de lo que entendemos o pedimos.

Ahora entiendo el evangelio (7/20)

La palabra de la cruz

por Antonio González



En la primera carta a los Corintios Pablo habla del evangelio como «palabra de la cruz (1 Co 1,17-18). Si el evangelio anuncia la muerte de Jesús, su resurrección, y su reinado, habría que decir que la «palabra de la cruz» se refiere ante todo a la primera parte del evangelio. Y Pablo expresamente afirma que esta palabra de la cruz es poder para los que se salvan. ¿Por qué es poderosa la palabra de la cruz?

1. El poder del pecado

Tal vez para comenzar a entender el poder del evangelio podemos comenzar señalando lo que el mismo Pablo llama «el poder del pecado» (1 Co 15,56). Más allá del poder que puedan tener ciertas faltas morales (como el poder enorme que tienen las adicciones), aquí se trata del poder del pecado en general, es decir, del pecado de Adán o pecado del ser humano. Todo pecado tiene, en su esencia, la misma estructura del pecado de Adán. ¡Eso significa ser hijos de Adán!

El pecado, en su esencia fundamental, es poderoso por todas las consecuencias que tiene. Ya lo hemos

visto. El pecado, como pretensión de autojustificación, envenena las relaciones del ser humano con Dios, con los demás seres humanos, con uno mismo, y con el resto de las criaturas.

Además el pecado es poderoso porque es una especie de círculo vicioso. Imaginemos que quisiéramos liberarnos por nosotros mismos. Si nosotros mismos nos liberáramos a nosotros mismos del pecado, esta liberación sería un resultado de nuestras acciones. Y eso significaría que seguiríamos justificando nuestra vida, ahora nuestra vida liberada, como resultado de nuestras acciones. Es justamente lo que se expresa simbólicamente en el libro del Génesis: el ser humano («Adán») no puede regresar por sí mismo al paraíso (Gn 3,24).

Esto implica entonces que el ser humano no puede lograr por sí mismo la relación originaria con Dios, para la cual fue creado. Si fuera un «logro» de sus esfuerzos ascéticos, espirituales, éticos o religiosos, el ser humano seguiría preso de la misma lógica que le ha separado de Dios. Dicho en otros

términos: el ser humano, dejado a sus propias fuerzas, está destinado a la separación eterna de Dios.

No sólo esto. El pecado es un poder porque crea «poderes». El Nuevo Pacto habla de «poderes, principados, potestades, tronos», etc. (Ro 8,38; 1 Co 2,8; Ef 3,10; 6,12; Col 1,16). Ya lo vimos. Un poder es cualquier realidad que utiliza la lógica retributiva para prometernos que, si hacemos tales cosas, conseguiremos ciertos resultados. Por eso hay poderes económicos, militares, políticos, religiosos, etc. De entrada, los poderes son realidades creadas, y buenas. Pero, en virtud del pecado, se convierten en poderes opresivos para el ser humano.

En definitiva, el poder del pecado es la «ley» (1 Co 15,56). No en el sentido de la Ley de Moisés en cuanto expresión de la voluntad de Dios. Sino más bien en el sentido de que cualquier ley, incluyendo la ley de Moisés, puede ser utilizada por la lógica retributiva para autojustificarnos, para declarar culpables a las víctimas, o para experimentar la propia condenación. El poder del pecado es, en este sentido, la ley como «lógica retributiva».

2. La victoria

Pablo nos dice literalmente que los poderosos de este mundo fueron los que crucificaron a Cristo (1 Co 2,8). Ciertamente, el texto parece aludir no sólo a Caifás, Pilato, y compañía. «Los poderosos de este mundo» es un término mucho más genérico. Y es que, cualquier poder concreto de este mundo no es, en el fondo, más que una plasmación de la misma lógica retributiva que está detrás de todos los poderes de este mundo. O, si se quiere, detrás de cualquier poder

concreto, basado en la lógica retributiva, está el mismo poder del pecado, que utiliza la lógica retributiva para oprimir a la humanidad.

Sin embargo, la muerte de Jesús se interpreta como una victoria sobre los poderes. ¿Por qué? Habría que decir simplemente: porque Dios estaba con Jesús, el Mesías. Veamos esto más despacio.

Desde el punto de vista de la lógica retributiva, que es la esencia del pecado, se podría pensar lo siguiente: Jesús habría sido abandonado por Dios, porque no se merecería haber sido rescatado de la muerte, por más que clamó pidiendo el socorro de Dios (Mt 26,39; 27,46). Jesús habría sido un falso profeta, un pecador, o simplemente alguien no suficientemente justo como para ser ayudado por Dios. En esta perspectiva, Dios sería uno de esos poderes que garantizan la correspondencia entre las acciones humanas y sus resultados, dando a cada quien su merecido. Y Jesús sería uno más de las muchas personas que en la historia no merecieron ser auxiliadas por Dios.

Ahora bien, imaginemos que esto no fuera así. En lugar de haber abandonado a Cristo, los cristianos sostuvieron lo contrario: que Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (2 Co 5,19). Si esto es así, si Dios estaba al lado de Cristo, hay una consecuencia inevitable: Dios no funciona de acuerdo con la lógica retributiva. Como ya sabía el viejo Job, Dios está más allá de nuestros esquemas sobre la retribución (Job 38-42). No sólo eso. Dios está del lado de los presuntamente abandonado por Dios. La lógica retributiva no tendría ninguna validez como modo humano de relacionarnos con Dios.

Esto es justamente lo que afirma la carta a los Colosenses:

Y cuando estabais muertos en vuestros delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, habiéndoos perdonado todos los delitos, habiendo cancelado el documento de deuda que consistía en decretos contra nosotros y que nos era adverso, y lo ha quitado de en medio, clavándolo en la cruz (Col 2,13-14).

La imagen habla de un documento de deuda que nos es adverso. En un

sentido estrecho, se puede referir a la Ley de Moisés. Pero a la Ley de Moisés cuando usada dentro de la lógica retributiva, es decir, manipulada por el pecado, como dice Pablo (Ro 7,7-8).

En este sentido, lo que está en juego es la lógica retributiva misma. Esta lógica retributiva, que es la esencia del pecado de Adán, es comparada a un documento de deuda en el cual hay decretos contra nosotros. Es decir, un documento en el que se lleva cuenta de los delitos, y se establecen las retribuciones que merecemos.

La religión, en cuanto construcción humana, se funda en la lógica retributiva. El ser humano trata de llegar a Dios mediante sus propios méritos. De ahí los esfuerzos ascéticos, meditativos, etc., que caracterizan la religión. Pero todo esto ha sido abolido en la cruz de Cristo.

Pues bien, según el texto, ese documento fue destruido en la cruz. Si Dios estaba en Cristo, la muerte de Cristo destruye la lógica retributiva misma. Y esto significa entonces que Dios no funciona de acuerdo con esa lógica. Por eso la cruz significa que Dios ha perdonado todos nuestros delitos, y que nos da una nueva posibilidad de vida.

No sólo eso. El versículo siguiente dice también algo importantísimo. La muerte de Cristo es una victoria sobre los poderes:

Y habiendo despojado a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de Él (Col 2,15).

La imagen es puro «evangelio», en el sentido de que nos presenta a un Rey que en su procesión triunfal

exhibe públicamente a los poderes derrotados. La razón de la victoria es obvia. Los poderes de este mundo, como vimos, se basan en la lógica retributiva. Al anular la lógica retributiva, esos poderes han quedado «despojados» de su fundamento. Por más que sigan presentes en la historia, para aquellos que creen en ellos, en realidad son poderes ya derrotados.

No sólo eso. El siguiente versículo nos dice también que la victoria de Cristo hace inútiles todas las construcciones religiosas:

Por tanto, que nadie se constituya en vuestro juez con respecto a comida o bebida, o en cuanto a día de fiesta, o luna nueva, o día de reposo (Col 2,16).

De nuevo, la razón es la misma. La religión, en cuanto construcción humana, se funda en la lógica retributiva. El ser humano trata de llegar a Dios mediante sus propios méritos. De ahí los esfuerzos ascéticos, meditativos, etc., que caracterizan a toda religión. De ahí la necesidad de guardar normas sobre alimentos, días de fiestas, o lo que sea. Pero todo eso ha sido abolido en la cruz de Cristo. La buena noticia también proclama nuestra libertad respecto a toda religiosidad.

3. Para reflexionar

- ¿Has pensado alguna vez que tú te puedes salvar a ti mismo mediante tus esfuerzos religiosos?
- ¿Has querido relacionarte con Dios mediante la lógica retributiva? Pon algunos ejemplos.
- ¿Por qué crees que la cruz nos salva de la lógica retributiva?
- ¿En qué sentido se puede decir que la cruz nos limpia del pecado de Adán (el pecado fundamental de la humanidad)?

¿Cadáveres que contradicen a Dios? ¡Anda ya!

por Dionisio Byler

El 28 de julio (2017) se publicó en El País un artículo, firmado por Nuño Domínguez, titulado «Los cadáveres que contradicen a Dios con su ADN». Naturalmente, un título así atrajo mi atención. En síntesis, los cadáveres en cuestión son los de la población cananea, cuyo ADN según se ha podido analizar en excavaciones arqueológicas, viene siendo desde hace 5.000 años el mismo que el de la población del Líbano hoy día. Con ello, el título del artículo da a entender un cierto regocijo de poder demostrar a los cristianos que vivimos engañados.

Abandona así el estricto reportaje de una noticia científica, que es lo que pretende ser, para entrar al campo de la polémica contra la religión.

Como divulgación popular de un estudio científico el artículo es intachable. Como conocimiento de lo que Dios puede haber dicho o no, sin embargo, resulta deficiente. Solamente es posible «contradecir» lo que alguien de verdad haya dicho. Según el artículo, parecería ser que Dios habría dicho que los cananeos fueron exterminados sin dejar un solo sobreviviente sobre la faz de la tierra. Entonces la supervivencia del ADN de los cananeos en la población presente del Líbano sería una contradicción con lo que Dios habría dicho.

Aquí hay tres errores, uno de ellos más preocupante que los otros dos. El error más preocupante, por lo muy extendido que se halla, es el de pensar

que Dios «dijo» todo lo que «dice» la Biblia. Esto demuestra un desconocimiento demasiado difundido, incluso entre cristianos, acerca de lo que la Biblia es, cómo es que la Biblia llega a existir, y cuál es la utilidad de la Biblia para el pueblo de Dios. A esto volveremos al final.

Los errores más superficiales sencillamente ponen de manifiesto, uno, desconocimiento de lo que pone la Biblia sobre los cananeos; y dos, desconocimiento de lo que ya ha venido descubriendo la investigación historiográfica desde hace décadas, acerca de la relación entre esa historia y las narraciones bíblicas sobre los cananeos.

Lo que pone la Biblia sobre los cananeos

En el libro de Génesis vemos una estrecha convivencia entre Abrahán y sus descendientes, con la población autóctona de Canaán. Hablan el mismo idioma y se entienden perfectamente. Tienen las mismas formas de explotación agropecuaria, la misma tecnología y metalurgia, las mismas armas de guerra. Parecen compartir unas mismas costumbres, tal vez hasta unos mismos valores. En algunos relatos de Génesis hasta parecen adorar al mismo Dios.

Pero además, después de Abrahán, Isaac y Jacob (que se casaron con su hermana y sus primas) los demás descendientes se mezclaron con la

población cananea. El caso de Judá es el más emblemático, por ser el fundador de los judíos. Su esposa que le dio tres hijos fue cananea; y su nuera, con la que él tuvo ilegítimamente otros dos, también. Es decir que según el relato de Génesis, el ADN de todos los judíos es a partes iguales israelita y cananeo.

A lo largo de la Biblia, y a pesar del interés que ponen los relatos bíblicos en la genealogía, el caso es que se pertenece o no al pueblo de Dios por devoción y obediencia a Dios, no por genética. El grueso de la descendencia de Israel se diluye en paganismo y desaparece del relato bíblico. Entre tanto una minoría de auténticos «hijos de Abrahán» —que lo son por conservar la fe de Abrahán aunque sus antepasados fueran egipcios, cananeos, filisteos, sirios, asirios o babilonios— guardan los mandamientos y mantienen viva la fe. Esto es lo que dice la Biblia.

En el Nuevo Testamento tenemos el encuentro de Jesús con una mujer extranjera a cuya hija sana. En Marcos 7 la describe como «sirofenicia», es decir libanesa; pero en Mateo 15 la describe como «cananea», que es el término hebreo equivalente. Si bien es cierto que algunos capítulos del libro de Josué podrían interpretarse en el sentido de que Josué exterminó a toda la población cananea, el propio libro de Josué, así como Jueces, nos desengaña rápidamente de esa impresión; y el Nuevo Testamento sigue reconociendo la supervivencia de esa población con la más absoluta naturalidad.

Lo que hoy sabemos sobre la historia de Canaán e Israel

Este estudio de ADN no aporta ningún dato nuevo, mucho menos revolucionario. En las últimas décadas la historiografía de la tierra de Canaán e Israel en los siglos que cuenta el Antiguo Testamento, ha tomado dos rumbos diferentes.

Por un lado, el estudio y la predicción del Antiguo Testamento nos requiere a los cristianos seguir fami-



Laboratorio de estudio de ADN.

liarizados con la secuencia y la lógica de sus narraciones, desde Génesis hasta los últimos profetas.

Y por otro lado, la historiografía secular ha tomado sus propios derroteros, basándose en las excavaciones arqueológicas y en textos que se han podido excavar y descifrar. No entraremos a describir el resultado más allá de este detalle, de que al no reconocer veracidad absoluta a ningún texto escrito, el historiador secular los considera todos y llega a sus propias conclusiones sobre lo que pudo haber sucedido. No lo hace por maldad ni por descreimiento, sino por la propia exigencia de su disciplina profesional como historiador secular.

En cuanto a los cananeos, sin embargo, la historiografía secular tiende a coincidir con lo que se puede entender leyendo cuidadosamente los detalles de las narraciones bíblicas. Israel es en sí misma la continuación y permanencia de Canaán. Israel es Canaán, ya no en la edad de bronce sino en la edad de hierro, aunque adoptando una nueva identidad «israelita» o «judía».

Lo que dice Dios y lo que dice la Biblia

Decía al principio que este tercer error es el más preocupante: el de confundir lo que dice Dios y lo que dice la Biblia. Sobre esto ya he escrito más de la cuenta en varios de mis libros, de manera que aquí procuraré extremar la brevedad.

El texto Bíblico trae las voces de una multitud de personajes y de personas. Multitud de personajes, en el sentido de que en los muchos diálogos que ahí vienen escritos, ¡hablan más personajes que en una novela de Tolstoi! Por no faltar, en la Biblia hasta habla el diablo como personaje literario. Pero hablan también muchas personas: esa multitud de anónimos sabios escribas judíos que nos legaron el texto que hemos recibido como Antiguo Testamento, y hablan también los autores del Nuevo.

En toda esa multitud de voces, de voces de personas que pusieron sus pensamientos con pluma sobre pergamino, de voces de personajes literarios que con esa pluma y pergamino cobran vida y hablan, habla también



Dios. A veces como un personaje literario más, pero eso no es lo más importante.

Dios habla interpeándonos misteriosamente mediante las palabras de la Biblia, para tocar nuestro espíritu interior, nuestra mente, sensibilidad, nuestros sentimientos de culpa, gratitud, regocijo, tristeza, devoción, religión... Esto es algo que nos llega en paralelo con el texto y las palabras del texto. No es lo mismo. Es algo superior, algo más allá, subyacente... Envuelve la totalidad de nuestra experiencia de cada día abrir la Biblia, ponernos en disposición de oración, abrimos a Dios deseando su Palabra fresca que nos renueve, y empezar a leer.

Aunque no siempre. Habla cuando Dios quiere, no cuando nosotros. Y la lectura de la Biblia muchas veces nos resulta a todos aburrida y estéril hasta que cualquier día, inesperadamente, ¡habla!

Entrar a considerar la doctrina de la revelación nos llevaría a analizar más detenidamente qué es lo que decimos cuando empleamos términos como «revelación» o cuando decimos que Dios «habla». Veríamos el lugar privilegiado que tiene la lectura (o el oír leer, o el recitar de memoria) la Biblia, para la revelación divina que se derrama en nuestra mente y espíritu. Pero lo esencial aquí es reconocer que esto, la Palabra de Dios, es algo muy diferente a palabras en tinta sobre papel.

Dios no está muerto. Sigue hablando hoy. En continuidad y sintonía con lo escrito, pero sigue hablando. Dios

tal vez no cambie, pero la humanidad y nuestras sociedades humanas seguimos evolucionando continuamente. Vivimos situaciones y perplejidades novedosas que llevan a un Dios vivo a decir cosas nuevas, diferentes, cosas que aunque vienen del mismo Dios que no cambia, sin embargo no coinciden del todo —en algunos particulares tal vez no coincidan en absoluto— con lo que dijo a la humanidad en otra era y con otras preguntas e inquietudes y miedos en sus corazones.

Ante la inmensidad de nuestros dilemas y nuestras dudas hoy día, ante el hecho terrible y sin precedentes de un planeta que se nos muere, frente a los millones de refugiados que huyen de su ciudad o de su país por el hambre o la guerra o la violencia desbocada, ¡Dios habla hoy! ¡No está muerto! ¡Escuchad!

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

intercesión — Acto de interceder, de «hablar en favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal» (Diccionario de la Real Academia). Es una de las funciones principales y más gratificantes de la oración cristiana.

Los relatos bíblicos están llenos de anécdotas, a veces sorprendentes, sobre la virtud de la intercesión y el poder que pone en juego Dios como respuesta. Es igualmente interesante tomar nota de episodios bíblicos donde no hubo intercesión ante Dios, donde cabe preguntarse hasta qué punto habría sido diferente el desenlace si se hubiera podido contar con intercesores consagrados a la oración.

Curiosamente, el primer caso de intercesión en la Biblia sucede a la inversa: es Dios quien intercede por Abel ante Caín. Un caso ejemplar también porque describe con claridad que la intercesión no siempre obtiene el resultado deseado, por cuanto la persona a quien se apela tiene su propia voluntad, su propia forma de entender la situación, y sus propias conclusiones acerca de la conducta acertada a adoptar. El resultado de la intercesión nunca es automático. Siempre tiene que contar con la voluntad de la persona a quien se apela. Cuando esa persona es Dios, aceptamos con naturalidad que sus criterios serán más perfectos y determinantes que los nuestros.

En vista de ello, es tanto más sorprendente el éxito tan frecuente que halla la intercesión ante Dios en los relatos bíblicos. Un claro ejemplo sería el diálogo entre Moisés y el SEÑOR en la cima del Sinaí, cuando se descubre que los israelitas, al pie de la montaña, se han forjado una imagen en metal de un becerro ante el que proceden a postrarse en adoración, convencidos de que representa al propio SEÑOR que los ha rescatado de esclavitud en Egipto. El SEÑOR reacciona:

—*¡Les ha faltado tiempo para abandonar el camino trazado por mis mandamientos! [...] Ya veo que este pueblo es testarudo. Así que déjame*

en paz, que se está encendiendo mi furia contra ellos, que los consumirá (Ex 32,8-10).

Moisés, sin embargo, razona con Dios, haciéndole ver cómo reaccionarían los egipcios. Cuando se enteren del exterminio de los hebreos, lo interpretarán como un engaño consumado por Dios, que en lugar de cumplir sus promesas, había tenido siempre la intención de acabar con ellos. La apelación de Moisés concluye en una osadía extraordinaria. ¡Exhorta a Dios a arrepentirse de haber tenido esa ocurrencia! (v. 12.) Y con mansedumbre sorprendente, Dios se arrepiente (v. 14).

Desde luego, si la intercesión de los amigos humanos de Dios, la intercesión de quienes se encuentran en especial relación de lealtad filial con Dios, puede hasta arrancarle a Dios un arrepentimiento, tenemos un inmenso estímulo bíblico a dedicarnos a la intercesión.

El apóstol Pablo indica, en el inicio de algunas de sus cartas, el contenido de su diálogo con Dios acerca de las iglesias destinatarias de las mismas. En esas oraciones hay una mezcla de agradecimiento sincero a Dios por los progresos que ve en los fieles, con la intercesión apasionada a favor de ellos, para que abunden más y más el mutuo amor y la coherencia cristiana y el buen testimonio de la comunidad en el mundo. Sus exhortaciones en ese mismo sentido, a continuación a lo largo de las cartas, vienen a explicitar lo que él confía que será el resultado de sus intercesiones ante Dios. Porque para el apóstol, no está reñido interceder ante Dios, e intervenir personalmente para intentar conseguir eso mismo con los medios a su alcance.

Así que interceder ante Dios no es sinónimo de pasividad e inacción.

Quien intercede ante Dios con confianza, sin embargo, no empleará jamás medios inapropiados para obtener por su propia cuenta lo que también ha pedido a Dios. Por ejemplo: quien sabe que Dios le escucha cuando intercede para que se haga

justicia, no recurrirá a métodos violentos ni a la revolución armada para obtener así justicia. En esto nos dejó ejemplo Jesús, que para inaugurar el Reinado de Dios en la tierra, no reunió un ejército sino que se dejó matar él. Esto el mundo jamás lo comprenderá. La única intercesión legítima ante Dios es la que nace de comprender las fronteras entre lo que podemos hacer nosotros y lo que tiene que quedar en las manos de Dios.

Las personas fieles a Dios que se dedican a la intercesión por el prójimo y por el mundo, se están dedicando también a esa santidad que consiste en amar como ama Dios, perdonar como perdona Dios, reconciliar como reconcilia Dios, y traer luz y esperanza al prójimo como lo hace Dios.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org